

De Hollywood a la Villa del Cine

Fabiana Culshaw

Periodista de negocios y psicóloga empresarial

De rezagos a épocas de oro, el cine venezolano ha sufrido altibajos a lo largo de su historia. Ahora le toca una buena racha que parece que va a durar. Quizás sea porque el gobierno lo percibe como una buena forma de difusión de su ideología y por ello lo apoya, dándole cabida a aquellos contenidos que más le conviene transmitir. Pero lo que comenzó como un germen de cuestionable intención política, según muchos, ha ido creciendo hacia todo tipo de realizaciones, de los géneros más variados.

Actualmente la Villa del Cine, creada en Guarenas hace unos cuatro años y que reporta al Ministerio de la Cultura, trabaja a todo motor bajo la dirección de Juan Antonio Varela y genera grandes satisfacciones, con películas que llenan las salas de cines de venezolanos de todas las tendencias políticas y genuinamente interesados en conocer qué se está produciendo en el país. Para tener una idea de la magnitud del negocio (y pecando de simplificar la realidad), muchas de las películas de factura nacional cuestan unos cuatro o cinco millones de bolívares fuertes y alcanzan el millón de espectadores (en algunos casos, hasta casi dos): todo un récord para un público que tradicionalmente gusta de producciones nacionales sólo en la pantalla chica (las telenovelas) y busca el sello de Hollywood en la gran pantalla.

Todavía no ha ocurrido un cambio en las preferencias del espectador local, pero sí una ampliación de sus intereses que favorece a la producción nacional, lo que puede ser visto como una oportunidad comercial. Esa oportunidad comercial no es sólo para el sector del cine, sino también para diversos negocios conexos, que van desde la fotografía, el mercadeo y la publicidad, pasando por el transporte de tecnología, hasta el suministro de alimentos, y más.

Varias películas locales han logrado éxito en el exterior, comenzando años atrás por *Macu, la mujer policía* (de Solveig Hoogestein), pasando por *Secuestro express* (Jonathan Jakubowicz) y llegando a *Hermano* (Marcel Rasquin), esta última con premios en los festivales de Moscú, Huelva y La Habana. *Miranda*, *Puras joyitas*, *Habana Eva* (coproducción con Cuba y Francia), *Nueve meses* (coproducción con España) y *La hora*

cero son otras realizaciones nacionales, a las que se sumó en los últimos días *El chico que miente* (de la directora peruana Marité Ugás), aún en exhibición. Si de inspiración y ambición artística se trata, basta con citar a Edgar Ramírez que tan bien está representando el talento nacional fuera de las fronteras y acaba de ganar el César de Francia.

¿Cómo ha logrado tantos éxitos el cine nacional? Sin duda, las telenovelas y el teatro venezolano de larga data han formado muy buenos actores, versátiles y ávidos por las luces cinematográficas y, si bien se dice que aún falta mucha profesionalización en el sector, mejor distribución internacional y más tecnología de punta, los directores y productores saben lucirse detrás de cámara, y van por más. Con una inversión de

Muchas de las películas de factura nacional cuestan unos cuatro o cinco millones de bolívares fuertes y alcanzan el millón de espectadores

treinta millones de bolívares anuales, la Villa del Cine confía en que ese presupuesto sea aumentado próximamente, con la aspiración de producir (o coproducir) unas veinte películas en 2011: una meta ambiciosa pero, por los vientos que corren, viable.

Lo lamentable (siempre hay un «pero») es que este auge del cine nacional se enmarque dentro de una política gubernamental de cercenamiento de otros espacios culturales, como el tradicional Ateneo de Caracas, al que poco le valió un institucional prestigio que data de 1931 ante unas autoridades que lo confinaron por erigirse, precisamente, como un ámbito para la «confrontación» de las artes y el pensamiento, o el cine de La Previsora que proyecta muy buenas películas (de cine francés, español e independiente de Estados Unidos), pero cada vez más contadas con los dedos de una mano y de casi nula difusión, como si en cualquier momento la sala fuera a cerrar o a desaparecer por inanición. Son muchos los espacios culturales valiosos que necesitan apoyo y tienen derecho a ello,

aunque no se llamen Celarg, Unearte o Villa del Cine.

Otro tema latente es el de los derechos de autor. Es lógico que, ante tantas producciones nacionales (no sólo de cine, sino también de música y letras), el gobierno esté atento a las ganancias que generan o puedan generar. Paradójicamente, algunos voceros oficiales han señalado que la Villa del Cine es una fundación con metas culturales y artísticas, por encima de las lucrativas. Sin embargo, desde hace años existe un proyecto de reforma de la Ley de la Propiedad Intelectual, cuyo texto (aún en borrador) le daría al Estado mayor control sobre los derechos de creación e invención. Ese texto establece que los derechos de propiedad intelectual pasarían a ser regidos por un sistema de concesiones. En otras palabras, el Estado actuaría como propietario de las creaciones, con potestad de otorgar y quitar derechos a los creadores originales, a voluntad. Ese tema ha sido más que discutido en círculos académicos jurídicos, pero todo quedó en un limbo cuando Eduardo Samán, quien era el principal impulsor de la reforma de la Ley, fue destituido de su cargo de ministro de Comercio en febrero de 2010.

La historia es larga y viene al caso, porque en cualquier momento, con tanta producción cinematográfica taquillera, a más de uno le convendrá sacarla a relucir y redondear. Porque si esa reforma de ley quedó inconclusa fue por las inconsistencias internas que la hacían inviable, pero la intención del gobierno de extender su dominio en el ámbito de las creaciones sigue totalmente vigente.

¿Qué dicen los escritores, guionistas y demás partícipes de la industria del espectáculo y las artes ante una posible reforma de esta Ley? Hasta donde se sabe, dicen poco y nada. Increíble, pero cierto. Tal vez el silencio se deba a desconocimiento legal, porque aún la reforma está en un paréntesis y no se quieren adelantar a lo que vendrá, o (lo más probable) porque es más gratificante aprovechar el auge cinematográfico del momento y ser parte de este período excepcional. Pero en algún momento se impondrá la realidad de los derechos y las reparticiones de ganancias; con seguridad, más temprano que tarde. ■